

CAPÍTULO I

LAS casas aprenden a sobrellevar a sus ocupantes. Así, del mismo modo que a unos les empujan a salir de sus muros y conquistar el mundo que se desarrolla en el exterior, para regresar con los brazos llenos de historias que ya no volverán a ser vividas y que el tiempo convertirá en recuerdos que narrar cada invierno, mientras el frío cubre la ciudad. A otros, en cambio, los reprime y amordaza, haciéndoles ver que sólo entre sus firmes paredes pueden encontrar seguridad. A veces, incluso llegan a hacerles creer que, lejos de una prisión, esos muros constituyen una fortaleza desde la que gobernar el mundo.

Ese era el sentimiento que habían transmitido a la anciana que recorría el pasillo de la vieja casa una y otra vez, como único ejercicio físico que aceptaba realizar a diario. Mientras lo hacía, marcando el paso con el tosco bastón que había sido de su marido, con la escasa marcialidad que sus muchos años le habían dejado conservar, iba refunfuñando, como si repasase sin cesar las cuentas de un rosario: “¿Os creéis que porque soy mayor no me doy cuenta de lo que pretendéis? Cualquiera día me encontraré metida en un asilo y os habréis quedado con todo mi dinero”. Así repetía una y otra vez, de forma que, a fuerza de repetirlo, ya en presencia de la joven que se ocupaba de su cuidado, ya delante de cualquiera que acudiese a la casa, siquiera fuese para realizar una reparación, había ido creando alrededor de su hija un hálito de ruindad y avaricia del que difícilmente iba a librarse por mucho que se empeñara.

Cuando se cansaba, bien de hacer su recorrido, bien de relatar las miserias de su descendencia, llamaba insistentemente a Mabel, la joven cuidadora, o a Julia, su única hija. Debían ir y traerla a la confortable butaca que se había hecho instalar en el salón recientemente, como si después de tanto caminar y hablar necesitara de un rescate.

Era indiferente cuál de las dos mujeres acudiera en su ayuda, puesto que a las dos trataba con el mismo desdén, aunque, claro está, no eran igual de intensos los reproches. Mientras a Mabel le hablaba con la

condescendencia que para doña Teresa merecía una persona venida desde tan lejos, que había sido capaz de dejar a sus hijos, pensando que en España estaría mejor; a Julia, le dedicaba los peores improperios, molesta porque ella callaba y no respondía nunca, como si toda la lava de su madre le resbalase por el alma sin dejarle rastro. Esta era la apariencia, aunque por dentro, Julia había aprendido a responder sin que ni sus ojos ni sus labios lo demostraran.

“Por muchos años que pasen, nunca aprenderás a cogerme del brazo”; o bien: “hija mía, no hay manera de que aciertes a ponerme el cojín donde lo necesito”. Mientras, Julia contestaba para sí: “por muchos años que pasen, nunca entenderé que trates así a tu única hija, que tratas así a tu madre y que hayas consumido tu vida entre estas paredes sin ser capaz de mantenerlas cuidadas, como le habría gustado a la abuela. Nunca supiste qué hacer con tu vida, por eso no supiste cuidar esta casa, ni guardar con cariño los recuerdos de la existencia de nuestra familia”.

A pesar de ello, no guardaba rencor a su madre, y no porque ésta no hubiese hecho méritos suficientes, sino porque Julia no era capaz de albergar ese sentimiento hacia la anciana mujer, a la que visitaba a diario, consciente de que no eran muchos los años de vida que le restaban. A esta conclusión había llegado por sus conversaciones con Don Eusebio, el médico que llevaba tratándola de sus múltiples dolencias casi desde que era niña. Como el doctor solía comentarle, doña Teresa había disfrazado de normalidad un frágil estado de salud, que le pasaba factura por muchos años de esfuerzos indebidos. Julia no sabía a qué podía referirse sino al cuidado de tres hijos, de los que dos habían fallecido nada más nacer, y a haber sufrido una pronta viudedad, pero esos eran más sufrimientos del corazón que verdaderos esfuerzos. De lo que más padecía era de lo que menos se quejaba, porque ella misma prefería elegir la causa justificativa de su mala salud, en lugar de reconocer la verdadera.

Doña Teresa no había podido aceptar el declive de su condición física, que se había producido en paralelo a su pérdida de un supuesto status social para mantener en pie algo de lo que fue, repitiendo una y otra vez, que fue educada como una señorita, que recibía clases de

piano y de francés de la institutriz que su padre había contratado para ella. A menudo suspiraba recordando aquellos años; sin embargo, había en la nostalgia por el pasado un deje de rencor, como si hubiese sido un abandono, una deserción, más que el inexorable paso del tiempo. En el concepto que doña Teresa tenía, el tiempo que transcurría, al igual que los seres queridos que fallecían, lo hacían voluntariamente, como si quisiesen escapar a su control y se trasladasen a un lugar tranquilo, lejos del continuo vaivén que, a buen seguro, eran sus vidas junto a ella.

Doña Teresa tenía el espíritu de un militar, que nadie sabía de quién había heredado, y trataba a sus semejantes como pobres soldados sin ejército y sin cuartel, a los que ella se viese obligada a dar un destino útil. De tal modo que, cuando creó su propia familia, se vanagloriaba de que todos respondiesen a sus deseos sin rechistar, principalmente el esposo, hombre pusilánime, cuyo único objetivo en la vida parecía ser no llevarle la contraria y evitarle las jaquecas con las que solventaba las situaciones en las que se veía relegada a un segundo plano por la fuerza de los acontecimientos. Padeció jaqueca cuando la hija anunció su compromiso con un joven estudiante de veterinaria “¡Dios mío! –suspiraba– ¿qué futuro van a tener entre animales?” Imaginando que únicamente entre las selvas más recónditas podría desarrollarse profesionalmente aquel pobre hombre. Padeció jaqueca cuando la hija anunció que quería ir a la universidad. “¡Dios mío! –gimoteaba– ¿qué se te ha perdido allí, rodeada de hombres? -imaginando que sería la única mujer que acudiría a las clases, de tan anclada en el pasado como se encontraba. Padeció jaqueca también cuando la hija se marchó a vivir sola, aunque es justo reconocer que esa jaqueca se veía aliviada cada vez que volvía. Y entonces se obraba el milagro de la reconciliación, el arrepentimiento y la recuperación de la jaqueca que mientras tanto, habían debido soportar los restantes miembros de la familia, incapaces de adivinar los deseos de la matriarca, que se afanaba en hacerles ver lo inútiles que eran sin su consejo y su guía.

Entre órdenes y jaquecas se había ido criando la hija, con el poco afecto que el padre podía darle a hurtadillas, el que alcanzaba a entregar a escondidas de la esposa, que no era partidaria, según decía,

de excesivos mimos, porque debilitaban el carácter y ablandaban el espíritu.

Tampoco entre Teresa y su madre, Catalina, que vivía con ellos desde que se habían casado, parecía existir más que la costumbre de vivir bajo el mismo techo, sentimiento impropio de una relación materno filial, pero ello se debía a la especial capacidad de la hija para mortificar a la madre, tomando siempre como rehén o mensajera – según conviniese a sus intereses– a la pequeña Julia; de tal forma que cuando beneficiaba a una, siempre lo hacía en perjuicio de otra. En este constante subir y bajar, trepar y rodar hacia abajo, transcurrió la infancia de Julia, con el cariño de su madre como un péndulo que oscilase ahora cerca, ahora lejos. Afortunadamente, esta situación no hizo sino reforzar la atención de su abuela, que se comportaba como si tenerla a su lado fuese un privilegio inigualable, el único objetivo por el que merecía la pena luchar, siquiera fuera contra su propia hija. Era imposible saber qué sortilegio hacía que Teresa centrarse sólo a veces la atención sobre su hija, por lo que, la niña nadaba continuamente en la ignorancia, intentando aprender el patrón de conducta por el que con anterioridad había obtenido el primer puesto de preferencias de su madre, encontrando con frecuencia que tal repetición no la llevaba al mismo lugar, sino que la condenaba a lo más bajo, como si la reiteración fuese un signo de mediocridad insoportable para su madre.

La niña se afanó durante muchos años por aprender cosas con las que despertar la aprobación de la madre, pero apenas si lo logró. Fueron los años y el evidente desgaste mental de semejante vaivén los que la fueron haciendo abandonar la competición, sin darse cuenta de que hacía mucho tiempo que era su madre la que había abandonado todo atisbo de preocupación por el malévolo juego que ella misma había creado.

Por el camino, habían perdido unos maravillosos años de juegos y confidencias, de los que sólo fue destinataria la abuela: con ella aprendió a rezar, practicó la lectura (la abuela solía fingir que no veía bien para conseguir que la nieta le leyese cumplidamente dos páginas diarias) y aprendió a dominar el remordimiento que le producía dejar abandonada a su madre. La abuela Catalina le repetía que era su madre

quien elegía quedarse sola y era importante respetar los deseos de los demás. La abuela la llevaba los domingos a misa y después a desayunar chocolate con churros en la famosa cafetería de dos plantas que había en la plaza principal. La anciana apenas si los probaba, disfrutando de la visión de la niña, perfectamente vestida y peinada para semejante ocasión semanal. Con aquella abuela aventurera conoció el magnífico entorno que la rodeaba, pues la casa señorial, que el bisabuelo había comprado a unos marqueses venidos a menos –según le gustaba contar a la abuela– se hallaba en el centro de la ciudad, en el casco antiguo; visitaban el obrador de pan, primero de la ciudad, con cuyo olor a masa caliente se despertaban todos los días; visitaban tiendas, a las que la abuela le gustaba ir sólo por el gusto de mirar; visitaban a algunas señoras de su edad e incluso más jóvenes con las que mantenía una relación de amistad que parecía rejuvenecerla, donde Julia era recibida como un pequeño regalo. En el fondo, eran unas supervivientes, condenadas la abuela a mantenerse en un mundo que ya no era el suyo y la niña a emerger a un mundo nuevo que nadie acertaba a adivinar qué les depararía. Si doña Catalina, ya viuda, y con la relación con su hija prácticamente perdida, era capaz de toda esa actividad era, sin duda, porque en su nieta había encontrado el modo de desarrollar sus ansias frustradas de crear a una persona a su imagen y semejanza. No le había pasado desapercibido que Julia nunca sería como ella, por la sencilla razón de que pertenecía a otro tiempo; pero deseaba inculcarle sus ideas, sus valores tan alejados a veces de las tradiciones que habían oprimido su juventud y que, a buen seguro, serían mejor acogidas en los años que le tocaría ser mujer a la pequeña. Era consciente de que sus capacidades se habían visto reprimidas por la falta de reconocimiento social: bastaba con organizar una merienda de vez en cuando y criar a los hijos rollizos y obedientes para que las mujeres viesan sobradamente cumplido su papel en la sociedad. A su nieta habría que adornarla con otros méritos y ella pensaba poner las bases para que creciera como una persona independiente.